

Rahner y Chauvet—, así como en el intento de reconciliar la teología sacramental con la posmodernidad, lo que implica el abandono de la eficacia sacramental.

Al término de este recorrido, el autor apenas dedica seis páginas y media a las conclusiones, de las cuales, la mayoría, son indicaciones para posteriores investigaciones. En la lectura hemos echado en falta una distancia crítica respecto de la primera —y por eso inmadura— obra de Blondel, así como el acercamiento a algunos desarrollos posteriores; por no mencionar las innumerables referencias sacramentales en los *Carnets intimes*, citados una sola vez y de manera indirecta. Del mismo modo, nos ha llamado la atención la ausencia de referencias bibliográficas que hubieran ayudado a profundizar en el contenido de la obra como, por ejemplo, diversas publicaciones de Sante Babolin que, sobre el ámbito de la estética blondeliana, clarifican la comprensión blondeliana del signo y del símbolo, con fuertes implicaciones sacramentales; también la obra de Mario Antonelli sobre el trasfondo eucarístico de *L'Action* (1893) o, más recientemente, la obra de Hans Boersma, *Nouvelle Théologie and Sacramental Ontology: A Return to Mystery*. Quizá, en estas referencias, el autor hubiera podido encontrar inspiradoras vinculaciones sobre el tema en cuestión, así como un tratamiento específicamente teológico-sacramental de la filosofía blondeliana.

Pese a estas consideraciones particulares, se reconoce el esfuerzo realizado y la creatividad en el tratamiento de la cuestión. Por eso, no solo invitamos al lector de estas líneas a la lectura y estudio de este libro, sino a que el autor prolongue las vías expuestas en posteriores investigaciones. SANTIAGO GARCÍA MOURELO

Graña Cid, María del Mar (ed.). *Cielo. Historia y espiritualidad*. Madrid: Universidad Pontificia Comillas, Biblioteca Comillas Teología 14, 2018, 551 pp. ISBN: 978-84-8468-768-9.

Nos encontramos ante una obra sinfónica en la que conviven distintas disciplinas a lo largo de veinte capítulos y, a pesar de tal diversidad, resulta una melodía armónica. Este libro es fruto de un proyecto de investigación interdisciplinar que ha aunado a diversos profesionales de distintas áreas. Historia, literatura, pintura, arquitectura, televisión, espiritualidad y teología entran en diálogo en torno a una temática que, de un modo u otro, ha ocupado la atención del ser humano a lo largo de los siglos.

El primer capítulo corre a cargo de Marta García Fernández. En él ordena las complejas y variadas tradiciones religiosas del Antiguo Oriente Próximo para presentar el modo en que se concibe el cielo en esas culturas que comparten mentalidad e imaginario con la Biblia. La autora muestra, en primer lugar, cómo se va pasando de la pregunta por el origen de unos cielos, que se perciben como dioses, a la idea de que este es el espacio en el que residen las divinidades. En un segundo momento presenta la forma en la que el cielo y las divinidades que en él habitan establecen un vínculo con la tierra. Marie-Anne Vannier es la encargada

de presentar el modo original en que S. Agustín piensa el cielo como criaturas angélicas. Así, presenta su antropología presentando a los ángeles entendiéndolos como prototipo de la creación humana.

Lino Emilio Díez Valladares analiza la comprensión de la liturgia de J. Ratzinger. El papa emérito se ocupó mucho de esta cuestión en sus escritos teológicos al considerarla reflejo de cómo se percibe a Dios, al ser humano y la relación entre ambos. Defendió el carácter no arbitrario del culto y la liturgia como un don de Dios por el que Él mismo nos enseña cómo adorarle. Para Ratzinger, la liturgia anticipa el futuro escatológico, hace participar en la celebración celestial y se convierte en la irrupción del cielo en la historia.

El profundo conocimiento de la espiritualidad oriental de Francisco José López Sáez nos acerca el discernimiento espiritual que, al hilo de la reflexión sobre el arte, plantean dos autores de la «edad de plata» rusa: Viacheslav Ivánovich Ivánov y Aleksándrovich Florenski. Estos autores plantean la creación artística como un doble movimiento de ida y vuelta de la realidad a lo «más real». Mística y arte se unen experimentando la realidad superior que será plasmada en la materia.

De los místicos se ocuparán cuatro capítulos dedicados a cómo expresan su experiencia del cielo Matilde de Magdeburgo, Juan de la Cruz, Isabel de la Trinidad y Adrienne von Speyr. Silvia Bara Bancel nos habla de la beguina alemana Matilde de Magdeburgo que, en su obra *La luz que fluye de la Divinidad*, muestra su convicción de que el cielo es el «beso de Dios» que se abre para todos. Con imágenes esponsales y cortesanas, el cielo se describe desde el gozo, la música y la danza. Las metáforas cognitivas que emplea Juan de la Cruz les servirán a Juan Antonio Marcos para presentar el modo espacial en que este místico dibuja el cielo en su poesía: se encuentra fuera, dentro, arriba y delante.

M.^a Dolores López Guzmán nos adentra en el convulso contexto histórico que enmarca la vida de Isabel de la Trinidad. Dentro de la relevancia que ocupa el cielo en la espiritualidad del s. XIX, la carmelita percibe que este se anticipa en el ahora y permanece en el interior del ser humano, porque es donde habita la Trinidad. Una mística menos conocida es la médica suiza: Adrienne von Speyr; a la que nos introduce Nurya Martínez-Gayol. Sus visiones, recogidas por su confesor y teólogo Hans Urs von Balthasar, nos muestran que el cielo es para ella la Trinidad en esa dinámica amorosa que se empeña en vincularse con la humanidad. Los santos se convierten en puerta de acceso a ese cielo. Ellos, habitantes celestes, viven en transparencia total e intercediendo por los pecadores.

Aunque no se puedan clasificar como místicos, también san Justino, sor Juana de la Cruz, san Juan de Ávila, san Ignacio y la venerable Serafina Andrea Bonastre nos ofrecen una percepción del cielo que resulta sugerente. Fernando Rivas Rebaque nos presenta el mundo del milenarismo cristiano que se extendió en Asia Menor durante el s. II y sus raíces judías para, desde ahí, plantear cómo lo vive San Justino en el *Diálogo con el judío Trifón* 80-81. Sin ser un elemento esencial, este mártir espera sin impaciencia la llegada inminente del final,

aunque acepta como ortodoxos a los cristianos que no comparten tales expectativas.

La editora de este libro, María del Mar Graña Cid, dedica un capítulo a describir la percepción celeste de Juana de la Cruz, visionaria y reformadora castellana del s. XVI. Ella plantea el cielo como una utopía igualitaria y feminista, en el que el orden social que rige en la época se trueca por el que Dios sueña. Desde estas claves, reformó su convento con la intención de que fuera un cielo en la tierra. Para Juan de Ávila, como nos presenta María Jesús Fernández Cordero, el cielo forma parte del anuncio de Jesucristo. A partir de su predicación y su acompañamiento espiritual, se nos muestra, por una parte, que para este santo el cielo es «herencia» de hijo y no «jornal» de trabajadores y, por otra, cómo la esperanza de participar en ese banquete no supone descompromiso con la realidad.

José García de Castro Valdés es el responsable de acercarnos a cómo Ignacio de Loyola experimenta el cielo. Las visiones de Nuestra Señora con el Niño y de Jesús con la Cruz marcan su manera de experimentar lo eterno. El Creador, que se declina en un gerundio dinámico, actúa constantemente en sus criaturas. De aquí se deriva que mirar al cielo desde la espiritualidad ignaciana se traduzca en prestar atención a la historia y al mundo. Henar Pizarro Llorente nos habla de la venerable Serafina Andrea Bonastre. Esta carmelita del s. XVI tenía visiones extraordinarias que se caracterizaban por estar acompañadas de sonido. Este era armónico si acompañaba al cielo o estridente si se trataba del demonio.

Los últimos capítulos de esta obra coral atienden al modo en que el cielo ha sido representado. Del lugar geográfico en el que se sitúa el cielo se ocuparon autores como Isidoro de Sevilla. Angelo Valastro Canale analiza el mapamundi diseñado por este santo y en el que sitúa físicamente el paraíso. Alfons Puigarnau Torelló explica cómo se pasó de la tradición bíblica a la representación del arco iris como trono del cielo en el arte románico. Macarena Moralejo Ortega presta atención al fresco de una iglesia romana del s. XVI de gran influencia en el momento y que representaba la Anunciación haciendo en ella presentes a los santos y a los profetas. Carmen Yebra Rovira nos introduce en el modo en que se recurrieron a personajes maternos de la Escritura, separándose incluso del texto bíblico, para conformar a las mujeres como «ángeles del hogar» según el modelo femenino del s. XIX.

De arte contemporáneo, pintura y arquitectura, se encargan Rafael Jackson-Martín y Bert Daelemans. El primero de ellos se ocupa de cómo se ha representado lo sublime en la desmaterialización de la pintura y los elementos traslúcidos en el arte posterior a la Segunda Guerra Mundial. Daelemans atiende a cómo la arquitectura puede convertirse en liturgia y representar el cielo en sus edificaciones. A través de construcciones modernas, muestra que los templos pueden, entre otras cosas, abrir a la comunidad al misterio y ponerla en movimiento. Isabel Romero Tabares nos acerca a una serie de televisión de gran repercusión social, *Lost - Perdidos*, y al modo en que se planteó en ella la trascendencia y el cielo.

La amplitud bibliográfica, indicada a lo largo de la obra y concentrada en sus últimas páginas, resulta de gran utilidad para seguir profundizando en la cuestión, del mismo modo que el índice de materias. El punto fuerte de esta obra es, sin duda, la variedad de perspectivas desde las que abordar una misma temática, convirtiéndola en referente para quien quiera ahondar en el imaginario celeste.
IANIRE ANGULO ORDORIKA

Medina Balguerías, Marta. *Atraídos por lo humilde*. Madrid: PPC, 2018, 156 pp. ISBN: 978-84-288-3328-8.

Es un tópico decir que las apariencias engañan, pero el dicho se cumple totalmente con este libro. Una portada poco afortunada, su tamaño discreto, una letra de tamaño cómodo y un reducidísimo número de notas a pie de página podrían llevarnos a la falsa primera impresión de que esta es una obra de poco peso teológico. Al revés, se trata de una muestra evidente de que el rigor y la divulgación son capaces de caminar de la mano también en el mundo de la teología. Esta combinación de sencillez y seriedad, que no siempre resulta sencilla de encontrar, es uno de sus puntos fuertes.

Como Marta Medina comenta en el prólogo, este libro es una adaptación del trabajo de fin de grado que realizó al terminar el Bachiller en Teología. Se trata, por tanto, de una síntesis teológica que no solo es fruto de unos estudios académicos, sino también de su propia experiencia personal. Sus páginas rezuman una reflexión que, estando bien fundamentada a nivel intelectual, no se estanca en esta dimensión, sino que abarca la totalidad de la persona. Es fácil intuir cómo el proceso humano y creyente de la autora, así como sus inquietudes pastorales, afectan al contenido sin que rebajen un ápice la calidad teológica.

La implicación personal de la autora se asoma ya en el prisma desde el que va a recorrer todos los tratados teológicos. La humildad, entendida esta como una cuidadosa combinación entre verdad y delicadeza, será la clave desde la que se asomará a los grandes tratados teológicos: Antropología Teológica, Teología Fundamental, Moral, Misterio de Dios, Escatología, Sacramentología...

El viaje que propone esta autora cuenta con siete etapas. Al hilo de la cita paulina sobre la que se basa el título (Rom 12,16), el primer capítulo está consagrado a la «atracción», a ese motor que empuja al ser humano y que es el deseo. Las preguntas por el sentido de la vida y la apertura humana a un «más» que solo Dios ofrece sirven para adentrarnos en el segundo capítulo que se centra en la humildad. A partir de la pluralidad de percepciones que se tienen de esta virtud, Medina extrae dos elementos clave que le acompañarán a lo largo de las páginas. La humildad es la conjunción de conocer la *verdad* de uno mismo y la *delicadeza* en la relación con la verdad de otras personas. Desde estas dos características se concluye que la humildad nos abre a los otros y al Otro y que el mismo Dios se caracteriza por ella.